

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Externado de Colombia, actualmente a cargo de la Decanatura Cultural, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante*.

Este número 52 es una antología de Pedro Arturo Estrada, preparada por él para esta colección, con el título: *Suma del tiempo*.



N.º 52

Suma del tiempo

Selección de poemas (1978-2008)



Pedro Arturo Estrada Z.

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2009

ISBN 978-958-710-448-6

© PEDRO ARTURO ESTRADA Z., 2009
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2009
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Fax 342 4948
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Octubre de 2009

Ilustración de carátula
Escritura del polvo, por DORIS GÓMEZ, acrílico en tela,
0,90 x 1,60 m., 2007

Diseño de carátula y composición
Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Ladiprint Editorial Ltda.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestroza
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

I
POEMAS EN
BLANCO Y NEGRO

PASAJERO DE LAS SOMBRAS

Hacia el país de lo desconocido avanzo,
lento pasajero de las sombras.

Un cielo exiguo y bruno
alimenta mi inquietud con su cauda de lluvias
metálicas
con sus descendimientos mágicos.

Soy el ciego viajero del corazón lunar.
Aquel que sube y luego cae,
el que se precipita tras el viento
como si fuera su destino.

Una ventana abierta a la noche
es mi alma sobre el abismo de la muerte.
El vértigo se llena de estrellas,
mi vacío, de palabras.

DEL TIGRE Y TU MEMORIA

Al primer fognazo de la fiebre
el tigre te saltaba del fondo de los párpados:
la asfixia de sus zarpas
en la noche sin ángel
—sin miradas.

Era la sombra que acechaba
tras el día turquesa,
el rostro atravesado de gestos oblicuos,
la risa tarántula de las visitas.

Nadie salvaba tus ojos reventados
detrás de las hendidias del postigo
cuando pasaba lento
el cortejo del mundo ya sin máscaras.

Sin embargo es ahora,
para siempre es ahora cuando no acude nadie
y el tigre del vacío
—es tan real.

LOS OTROS NOSOTROS

Aquellos que también fuimos
aquellos que quizá aún somos
desconocidamente otros,
siendo sin embargo, nosotros.

Parte del juego
de ser y no saber dónde empezamos,
dónde ciertamente terminamos,
qué de verdad nos pertenece,
qué de verdad hemos perdido.

Parte del juego
de haber venido por azar,
equivocadamente, sin rol,
extraviados en medio de una fiesta
donde no nos conocen
—ni conocemos a nadie.

MORADA REAL

El tiempo excava en ti
una tumba,
el vacío que habitas
ya sin sueños y fáciles
palabras.

Secreto y único lugar
donde más vivamente
—te posees.

SABER PERDER

Acaso nada se pierda
ni la vida cuando en verdad
nada antes teníamos.
Ni el amor
que nunca fue completamente nuestro:
espejismo salvaje,
una costumbre más,
un sueño menos.

Saber perder,
saber pasar sobre las cosas
hacia el camino de la nada.

Saber ganar
bajo tanta pérdida aparente.

Saber vencer
en el despojamiento de uno mismo.

Todo olvido,
todo fracaso,
como la única y última
—victoria posible.

LUCHA CON EL ÁNGEL

Luego de todo cuanto fue el sueño
a solas se regresa
en la noche y el ángel
de la verdad que es uno mismo
medio burlón y sabio
—espera.

ANTONIN ARTAUD

Para Aaron Rodas

La locura tomó forma de flor decorativa
y los poetas recaemos
en los más antiguos y nauseabundos vicios.

Una vez más estás solo
encerrado en tu celda de hechizos
mientras siquiátras y buenas personas,
gente normal, se juega tu túnica
de alucinaciones.

BACH

Esa noche
alguien abrió una puerta desconocida
y la casa fue pasto de la araña
que por primera vez aparecía
en nuestra corta existencia.

Su caliente terror en los poros,
su red meticulosa,
áspera,
metálica,
cayó sobre nosotros.

La llamamos J. S. Bach.

MOZART

*Para Javier Ángel Estrada,
en memoria*

Al despertar de golpe esa mañana
el cuarto rebosaba de una suave alegría.

—Los cristales llameaban con un resplandor de oro.

Comenzó a estremecerme
aquella sensación de sedosas
alas en el aire...

Fue entonces cuando mi hermano
hacía rato despierto
dijo lleno de una fuerte convicción:

—Oye, es Mozart

LAS BRUJAS DEJABAN
CONTEMPLAR SUS ENCANTOS

Para Óscar González

He visto sonreír
las caras ebrias de las hechiceras aquellas noches
cuando las horas altas oprimían los huesos
y el alma se arrastraba
como una luna achacosa.

Jóvenes y expertas en un arte de siglos,
febriles, vagamente sensuales
untaban sus unguentos prodigiosos
como si acariciaran un amante dormido
en sus cuerpos desnudos...

Mi corazón bebía compartiendo el secreto
el vino oscuro, mágico
de una nueva locura.

II
FATUM

BELLEZA DEL ABISMO

A través del insomnio
la lluvia desliza su fraseo dolorido.
Es el instante en crudo, en fiebre, en sal
y lentos alcoholes.
El choque de los dedos contra un muro rugoso.
Una boca de más que infringe las horas malditas.
Las manos del vacío pidiendo tu cadáver.

Un momento llega en que el mundo
es sólo ese fantasma
o uno es esa última niebla.

Monstruosa crece la soledad en tu carne
y el ojo de la muerte te corona.
No te queda otra belleza
que la belleza
del abismo.

TRENO POR LOS MUCHACHOS MUERTOS

*Para Javier y Diego,
en memoria*

Su silencio es herida mortal, oscuro
labio que condena la luz de una ciudad que como
pájaros
los vio pasar y caer sobre sus calles
una noche, una tarde, una mañana cualquiera...
¿Dónde están hoy sus rostros de estrella medular
sus ojos de inquietud, su fuego, su deseo insaciable?
...Sus gritos ¿a qué fondo, a qué altura
a qué extrema frontera se lanzaron?
La noche los acogió bajo su ala de cuervo
y entre estallidos cósmicos sus voces
melodías eléctricas modulan
con la mecánica estelar.
Pero sólo el asfalto aquí abajo
—piedra de sacrificio,
sólo el perfil danzante de la nube
en lo alto de la casa, ese rincón donde alguien

que los amó los recuerda,
sólo el libro, la flor que nuevamente se abre
en el pequeño jardín, la música y las fotografías
en el álbum guardadas son vestigios
de su paso apurado por la tierra,
ángeles adolescentes súbitamente desaparecidos.

En otras bocas, otros ojos volverá a moldearse
acaso su milagro.

Pero ¿quién nos dirá
qué verdad, qué grandeza, qué mundo irrepetible
se ha perdido, se ha ofrendado al abismo?

CAFÉ TURKESTÁN, 3 P. M.

Ocho mesas de hierro
todavía resisten el peso de las tardes.
Los que alguna vez tomaron el tranvía
de días más amables
ahora se recuestan calladamente al fondo.

Nimias complicidades los acercan,
pobres asuntos que recuerdan
o remedan la vida
mientras ruedan las bolas del billar.

Hay una luz exigua que persiste
a pesar de las muecas ajadas,
la pared desteñida del pequeño urinario:
restos del sol de 1950 que secreto
se encierra aún en sus pupilas.

FATUM

Es que hemos aprendido sólo a morir.
Todas las horas se envenenan de antemano.
Nos gusta la caída. No queremos
salvar nada. Que se pudra
con nosotros la flor.

—Devolveremos al vacío los tesoros...

Hay una mano indudablemente negra
que nos pierde y todas las señales
son en contra.

Renunciamos hace tiempo
a cualquier ilusión
que nos distraiga del desastre.

—Venga a nos
el reino de la noche.

HISTORIA OCULTA

Habría que dejar
hablar aquello que nos hiere.
Que la muerte nos nombre
molécula a molécula,
que el miedo nos respire adentro
hasta que diga,
hasta que grite
toda la historia oculta.
—Que el sinuoso reptil que somos
salte a la luz un día
y reviente.

OTRA CASA

Para Javier Naranjo

Habito, después de todo, la casa construida en
sueños, la casa
levantada en la región translúcida,
en el deseo inmensurable.
Sus cimientos se afianzan en la niebla,
junto al acantilado de la nada se yergue. Y, sin
embargo,
en sus profundos salones silenciosos me refugio.

—Crezco, vivo y espero tanto detrás de sus ventanas...

Por sus pasillos me extravía,
en sus rincones me reencuentro;
bajo su techo cóncavo descifro
la imagen y el lenguaje sin edad del vacío...
La luz famélica del mundo a través de sus viejos
cristales.

Sus paredes no ocultan, revelan mis secretos
al sol furtivo que las hiere.
Mas no está en sitio alguno nomenciada:
mi casa soy yo mismo.

—Heredaré la muerte sus jardines.

DOMINGO

El domingo no es tiempo:
es un animal lento y peligroso
aunque se vuelva gato, ave canora, perro
de ojos tristes.

Y mientras el sol se suicida
como un pájaro contra las ventanas
la mujer mantiene la memoria,
vuelve a ordenar paciente
la casa de la costumbre.

Nadie tiene nada seguro
antes que marque la aguja
esa hora ciega de las calles
desiertas.

Porque vuelve a la noche
el blando sosiego de no ser
nada.

EL ROSTRO OSCURO DEL AMOR

Ciertos días el amor
excluye la vida y somos
pasos alrededor de nada
tierra baldía bajo la oscuridad.

Cuerpos para nadie.
Palabras para la muerte.

El día gravita como un cuchillo
sobre el corazón, una ola
de polvo revienta
en la boca.

—Huimos.

HORROR VACUI

Ser
esa náusea feroz
de la noche al día.

Manchón de grasa
en los espejos de la luz.

Moverse para sentir
que se ocupa un lugar.
Hablar para acompañar
el vacío.

Escribir como quien arroja
piedras al mar.

Querer desbordar
la nada
a gritos.

MILENIO

Valdría la pena derribar la obra ciega
de estos siglos, la torre de locura que hemos
levantado
sobre los primeros sueños.

Tal vez no haremos otra cosa
que repetirnos con monótona fidelidad.
Reeditaremos las memorias del asco,
reedificaremos las paredes de estas ciudades vacías.
Volveremos a ensayar la monocorde tonada
de la esperanza
ante el abismo.

Frente al rostro de los nuevos desconocidos
diremos que al fin supimos
cumplir con nuestra parte,
aunque nadie se interese en pedirnos cuentas,
aunque parezca que ya sólo importa
como lo dijo alguien,
la risa de los niños.

Que nadie entonces se permita
una queja, una lágrima, un poco de piedad
por nuestros nombres borrándose
en el polvo.

III
OSCURA EDAD

MEMORIA DE UNA CIUDAD

Así voy por / la ciudad / mujer / rencorosamente poseída

JOSÉ MANUEL ARANGO

I

Te nombro para saber de mí en ti. Saboreo
el ácido de tu voz, palabra que sube temprano
hasta el labio
y luego se deshace —ceniza o sal en la herida del
hastío.

Llevo en los pasos tu condena buscándote,
buscándome en el reflejo de una vidriera
para sentirme real,
para sentirme menos espejismo.
Te camino en círculos y encuentro al final de la
noche
la señal excrementicia de tus ángeles caídos.

2

Termino siempre volviendo sobre tus soledades,
tus silencios, cayendo en el vértigo en el cual
te levantaron hombres que ya lo habían apostado
todo a la locura.

La lenta costumbre de tu abrazo,
tu atmósfera cerrada acabaron haciéndote invisible.
Fuiste la sed y no el agua, el ansia y no el deseo,
la desnudez estúpida de la muerte
mientras la vida se quedó en otra parte.

3

No obstante en ninguna otra encontré
la dirección y el norte de mi nada. La ilusión de
existir.
Acaso ni tu aire broncíneo, tus colores chillones,
tus parques inventados por la fiebre del día,
tu cara de muchacha pueblerina detrás de los
espejos
ni el secreto que llevan en sus trapos tus mendigos
o la inocente lluvia sin edad con que cierras tus
tardes perdidas
pueden ser la causa del odio o el amor que provocas.
Es el dudoso síndrome del reo que, de pronto,
renuncia una mañana al deseo de huir.

4

Tal vez no cabes más en ninguna palabra
y nombrarte sólo sea como llamar en sueños
una mujer perdida.

Un agua muerta te permea,
corre pútrida bajo tu cuerpo como el deseo
que no encontró salidas,
como la juventud, el sueño, el sudor y la lágrima
caídos en tus calles de nadie.

Al final qué te importa la baba reluciente de los
moribundos,
las moscas que disputan su memoria.
Qué las infancias, los asombros del tiempo
que ya no se abre puro ante los ojos del cansancio.
Qué las músicas que sostenían el mundo,
el corazón nocturno de tus hombres cantando.

5

Cómo no saber entonces que llegarán otros y
a la orilla de tu noche traerán las señales
verdaderas del fuego del futuro.
¿Quién contemplará tu nuevo nacimiento?

Dioses minerales esplenderán sobre tus piedras
derribadas y en tus muertos rincones reencontrarán
el oro extraviado de la luz que ahora te abandona.
El bosque abrazará tu muerte, tu desierto de vidrio
Reventado, tu pecho de latón retorcido
entre ansiosos dedos vegetales.
Todo se cantará a sí mismo en tu espacio sin ojos,
sin oídos. Los astros recorrerán su humo,
un viento suave el aliento del hombre.

6

Escribo quizá para que ya no estés esta última
palabra.
Palabra que me aparta de ti y me hace nuevamente
espejismo.
Palabra que te borra, palabra que te abandona,
palabra que ya no eres tú
—ni yo.

DE LA MUCHACHA ASESINADA

Ante quién,
por mis manos y pies hechos polvo,
mi rostro en su primera lozanía, calcinado,
por mis pechos cercenados esa noche,
clamaré restitución.

Ante quién,
por los días más bellos arrojados al fuego,
por la risa de la mañana, aniquilada,
la fuerza de mi sangre sembrada entre piedras,
tasaré la pérdida.

Ante quién,
del amor destruido, los sueños bajo tierra,
la belleza reducida a un montón de vísceras
abiertas, el deseo mutilado,
del grito y el sollozo sólo oídos
por las potencias indiferentes,
pediré respuesta.

Ante quién,
por la palabra todavía crédula o apenas ingenua
de la vida y el espanto que la ahogó,
obtendré explicación.

CASI UNA EPIFANÍA

Un momento más acá del miedo:
la frescura, el brillo de la vida alrededor.
Invitación o tentación repentina abierta en lo hondo.
Urgencia definitiva e instantánea
de entender como un triunfo la inmediatez del
cuerpo,
los sentidos, cuando lo irremediable continúa
y cualquiera de los rostros avanzando al vacío
—es el nuestro.

EN VOZ BAJA

Silencio que ahora oscurece los cuerpos
—dolor que también nutre la vida.
Incertidumbre de saber qué crece adentro,
si el túmulo negro o el futuro resplandor.

Miro grave o simplemente cansado
la calle hecha vivo, lastimoso collage siglo xx,
el tránsito de cosas que dejo y me dejan.

Sé que no alcanzaré ya las metas.
Pero el pulso del universo
en las manos permanece.

Me abandono a lo imprevisible. Es más mío al fin.
Aunque el espanto sólo se disfrace a ratos,
de indiferencia.

LUNES A MEDIA SANGRE

Homenaje a Fernando Pessoa

Sales al parque en la mañana
—haces cuenta de que hay un parque y una
mañana—
y que algo debe hacerse todavía en ese cuerpo de 48
sostenido por la inercia
(muchachas floreciendo en aceras rápidas el día
creciendo envejeciendo el aliento subiendo y
temblando el deseo prendido
como antorcha en pleno día)
—qué más sino la boca cálida y húmeda
la dulzura de la luz que se queda en los poros
—qué sino el avance sonámbulo de las horas
como una humilde película del montón y tú en
ella actorcillo más
entre multitud de extras en un guión desconocido
pero contento de estar en el reparto
gracias después de todo al azar o a quien pluguiere.

Días mortales pero bellos
que a nadie, excepto a ti mismo, importan y duelen.

Días últimos
y sin embargo, más tuyos a medida que te pierden,
preciosos y urgentes pero sin propósito definido.
Cada hora un paso, un salto sobre el abismo y la
verdad
ácida de no ser nadie o ser una sucesión de gestos
intercambiables y suficientes para estar
en cualquier parte sin mayores pretensiones.
Días de nada pero días tan bellos como los de
ningún otro
porque te van tirando, te van dejando sin peso
como de aire del trasmundo, porque se van entre
un sorbo
de café y una siesta, porque se desalientan,
se diluyen entre el vaho de la lluvia
a las cuatro de las tardes de espejos sombríos,
de interiores fungosos de comedores oscuros,
tardes sin adonde ir excepto el mismo rincón
donde repites
los mismos bostezos de hace veinte, treinta años,
treinta milenios...

OSCURA EDAD

Hubo un día —remoto, casi irreal ahora— en que
imaginarnos
a salvo de toda desdicha fue fácil,
en que dejarnos sorprender por el dolor o la felicidad
no significaba
más que la constatación de ser lo que debíamos.
Llevábamos aún limpia la piel, el peligro latía
amarrado
a nuestras venas, creíamos merecer todos los
goces, vivíamos
cuanto debíamos vivir. Nos entregábamos
abiertamente al placer
de quemarnos el cuerpo al sol de los bárbaros.
Dejábamos perder
lo que debía perderse. Olvidábamos recoger los
dones
del amor o la vida a nuestro paso.
Fue imposible detener la carrera, aquel ímpetu
ciego y febril
del tiempo hasta la noche en que de súbito
—como despertar ahogados bajo la pesadilla—
sobrevino el terror de comprender y no saber

cómo había pasado todo aquello casi sin darnos
cuenta,
y ya no fue posible recobrar la inocencia de los
días,
la serenidad de vernos cruzar entre las cosas.
El estupor hizo más grande y terrible ese silencio
definitivo
del que a veces saltan
—rotas palabras

SE LLAMA POESÍA

Homenaje a Aldo Pellegrini

*Se llama poesía todo aquello que cierra la puerta
a los imbéciles, sí.*

Todo aquello que abre, en cambio
la visión y el secreto del mundo a los *inocentes*,
a aquellos que lo apuestan todo a nada,
los que no guardan, no se cuidan, no acechan,
no calculan y sin embargo, están siempre a punto
de encontrar como por casualidad incluso el amor,
la muerte, la vida misma.

Se llama poesía todo aquello que tira los pies
tras lo imposible. Lo que revela el otro lado de
las cosas
lo que canta al final del desastre sin motivo alguno.
Lo que te avienta inclemente fuera de tu ser
o invade en silencio —marea extraña—,
el interior hasta ahogarte los ojos.

Se llama poesía todo aquello que estalla de golpe
en la palabra, sin aviso y sin lógica.

Lo que no puede explicarse propiamente a los
listos,
a los que siempre tienen la razón.

Se llama poesía todo aquello que vuelve luego del
exilio,

la derrota, los miedos. La luz que un día regresa
a los cuartos cerrados de la vieja memoria, la
antigua, recuperada simplicidad de los días.

El viento que reaviva una llama en la noche. Lo
que nos sobrevive,
lo que siempre nos queda más acá de la herida,
la pérdida más honda, como una última, callada,
—oculta fortaleza.

IV

POEMAS DE OTRA/PARTE

INFORME

No saben cantar, no entienden
la música, no leen. Pero se ríen con sorna
de nuestros cantos, de la música, de nuestros libros.

Nos traen la guerra, clausuran la fiesta,
cierran todas las ventanas.
Por la calle zapatean con fuerza mientras amenazan
con la sombra de sus armas
el brillo mismo del sol en las paredes.

Barbotan sus enormes insultos, sus órdenes,
enseñando los puños.
Toman lo que quieren de nuestras mesas y abrazan
cuando les viene en gana a nuestras mujeres.
Saben a qué hora soñamos
para controlar posibles fugas al paraíso.
Han echado abajo los templos, los jardines, el
silencio.

Están por todos lados.

Pero alguien a punta de palabras,
sigue horadando
en lo oscuro.

FÚTBOL

Entre risas y gestos de satisfacción
horas después
seguimos hablando del partido.

En cámara lenta revivimos
las mejores jugadas, el gesto heroico
del arquero ante la pena máxima.

Nadie advierte sin embargo
el pase de profundidad, la maestría
silenciosa del tiempo, la gambeta
humillante que nos deja tendidos,
la tremenda goleada que nos mete
la muerte.

LAS MUCHACHAS NACEN SILVESTRES

Para Lina María Ceballos

Una muchacha puede nacer y crecer instantáneamente
en cualquier lugar y hora. Producto natural de la
tierra,

brotta de repente en un parque público,
una esquina de barrio, una puerta humilde,
una estación de metro, un hospital a las dos de la
madrugada,
un cementerio bajo la lluvia.

Hay poderosas fuerzas espacio temporales que se
concitan
alrededor de estas apariciones de muchachas que,
según los especialistas, suelen clasificarse en grupos
o variedades casi infinitas.

No es lo mismo —digamos— una muchacha de
parque metropolitano
que una de jardín pueblerino.

La primera, es obvio,
tendrá mejor tamaño y aspecto pero su color, su
brillo,
serán de menor duración dada la impureza ambiente
mientras la segunda, más fina, más fresca,
mantendrá un encanto íntimo, perdurable.
Así mismo, se acentúan los matices entre muchachas
surgidas de la noche y las que afloran por la
mañana
o se reproducen como muñecas de acrílico en los
centros comerciales.
Pero es un misterio indudable cómo se dan
silvestres las muchachas
y también, cómo desaparecen de golpe,
dejando en el aire la fragancia a veces dulce,
a veces áspera o venenosa
de su paso fugaz en nuestras vidas.

OTRAPARTE

Evocación de Fernando González

Esta fue la casa donde habitó en su desnudez,
en su silencio luminoso y pleno.
Este el jardín donde se oyeron
hondas y auténticas
las palabras.

En el pequeño corredor
presentimos su sombra, el eco de sus pasos,
el golpe suave del bastón indagando
la noche, la memoria del devenir,
el mañana del hombre.

A estos rincones las muchachas
—sus muchachas—, han vuelto.
Ríen otra vez, bulliciosas, eternas,
como entonces.

LA ROSA

La ardiente y ciega rosa que no canto
JORGE LUÍS BORGES

—Sin embargo, uno vuelve a cantar la rosa
porque la rosa es el mismo silencio creciendo
detrás de lo que decimos, alimentándose del sueño,
robando luz a nuestro inconfesado
deseo de belleza.

Ella, siempre oculta, se revela de golpe,
nos traiciona a pesar de los aires modernos
que pretendemos darnos.

Ambición de la forma, arquitectura racional que
disfraza
el desorden interior, la inocencia perdida,
el asombro apenas contenido.

Sueño de nadie bajo tantos párpados.
Urgencia del deseo que irrumpe
inexplicable en mitad del día.

No la cantamos, no,
pero florece obstinada en los labios
que la niegan.

SAN ROQUE, 1967

Jugábamos en la calle con muchachitas.
La luna nos bastaba para vernos correr y saltar
aceras.
Me gustaba Esperanza, la chica pecosa y pelilacia.
También Mary, la alta, pelicortica.
Tenían ese olor dulce que entonces
asociaba al aroma ritual de la semana santa,
olor al cielo de los libros de religión y las pinturas
de la iglesia.
Sudábamos un poco y después
nos sentábamos a conversar recostados contra la
pared oyendo,
a veces, un cuento de miedo que alguno sabía
o riéndonos con la picardía que otro insinuaba.
En las casas, de pronto, empezaban a apagar la luz
y llegaba entonces la hora de irnos.
Yo me quedaba solo escuchando las últimas voces
de la gente
y el cric cric de los grillos.

A VECES ERAS SÓLO ESE HOMBRE
DEMASIADO CORRIENTE

Para José Manuel Arango, en memoria

Ibas despacio entre los hombres y la vida
como en medio de una fiesta de la que sin embargo,
permanecías un tanto al margen pero cantando
su cambiante belleza, su milagro esencial
en ese tono calmo y profundo, con las palabras
más justas,
más certeras, con la alegría serena del jardinero
que se despierta temprano y poda, abona,
cuida sus plantas, escucha con atención cada
canto de pájaro,
ve y hace ver la infinita variedad de lo mismo.

Tenías absortos los ojos fumándote cada pensamiento.
Parecías siempre a punto de decirnos
una verdad última o descubrirnos
“lo otro que se esconde en lo más común”.

A veces eras sólo ese hombre demasiado corriente
y no obstante veíamos la grandeza indudable
tras la figura magra, el rostro austero, más allá
de la algarabía del mundo, el ruido de fondo de
la guerra
y la banalidad ambiente.

“La mirona” entre tanto, husmeaba tus pasos,
tus papeles, tus libros, pero también tú la veías a ella
sin perderle nunca el rastro. Por ello, no fue del
todo inesperado.

—y quizá tan doloroso. Te dejaste abrazar por su
sombra
mansamente esa tarde, sin extremas repulsas, sin
quejas.
Ella quiso entrar en tu corazón: ser tú mismo.

Alguien ahora, en el silencio atemporal,
vuelve a tus poemas como por primera vez.

(Abril, 2002)

CAÍN

Desde entonces, en mis manos nace la ruina, el moho, la enfermedad. He trashumado la noche infinita, la orfandad ilimitada de la tierra. Mi rostro ha desaparecido. Llevo a cambio la máscara de la muerte que en mí ha tomado lugar definitivo. Mares, desiertos, páramos, abismos, cimas de desolación ha cruzado mi sombra, ciudades bajo fuego, calles de nadie donde la miseria saludó mis pasos. Ninguna puerta se abrió para mí. Nadie albergó en sus ojos la soledad de mi rostro y por el contrario, el terror ha helado la mirada de muchos cuando estuvieron frente a mí por unos segundos. Sin embargo, he amado también las noches fulgentes, la calma de las montañas y el rumor impasible del viento en las hojas. La belleza intensificó su embrujo sobre mí con los siglos y es acaso, su contemplación incansable, su cercanía dolorosa como el pecado, mi secreta, inacabable condena. El rostro de Dios se multiplica en cada cosa que encuentro. Su voz todavía resuena como aquel día en cada recodo del camino, en cada tramo de la huida interminable que aún cuando todo acabe, en la nada última, continuará arrastrándome.

NERÓN

Aún escucho la letanía del fuego pronunciando mi nombre sobre Roma y los más secretos antros del crimen. Los gritos, la voz insomne de la destrucción aunada a mi propio canto en la noche sagrada. El tiempo ha derruido y sepultado los muros, los frescos, la magnificencia de mis palacios y no obstante, es mi nombre el que sigue convocando la gloria, el recuerdo inmortal de la grandeza, de la época en la que sólo yo era el aeda y las celebraciones, las orgías, las libaciones, los banquetes, las efusiones de la sangre y el semen, como las lágrimas y el sudor del miedo, no se detenían. No otro cielo me estuvo destinado, ninguna otra salvación. Legiones de mansos creyentes fueron alimento de mis leones, y también de mis llamas en las noches de tedio. La turba delirante supo magnificar ese gesto, rubricar con su aullido y el estruendo de sus pataleos la salvaje grandeza que para ellos soñé, que para los dioses de la crueldad consagré. La vida tuvo por aquellos días memorables tal vez su mayor intensidad. Fui el oficiante del espanto, la belleza última que en el vértigo se revela a los mejores, a los más solos, a los dueños absolutos de sí mismos y de su vértigo.

ATILA

Retumbaba la tierra a nuestro paso. El día nos ofrecía sus cuchillos de oro para degollar los pueblos, los sueños de miles y encender los odios, el asco, el terror. Las noches de amor de los humildes fueron rasgadas por la espada y cercenadas las pieles al paso de nuestra furia. Nada sino el imperio del vacío podía oponerse al ardor de la sangre, la fuerza ciega de los ojos horadando la estepa. Furor y temblor cabalgaron siempre como fieles, imbatibles guerreros a guisa del viento que fui sobre los antiguos caminos, los muros derrumbándose bajo el humo y la lluvia negra de las saetas. ¿Quién señaló el fin de aquellos bárbaros tiempos sino la debilidad de los dioses que faltaron al pacto y permitieron la derrota de mis huestes? ¿Quién sino el propio veneno que llevaba en las venas y convirtió mi corazón en un tubérculo podrido? Ah, todavía mi espada, mis caballos y guerreros inmortales acechan los siglos. Mi guerra continúa y todos los imperios de la tierra y del cielo me temen. Saben que sólo cambio de nombre, de escudo, de emblemas, de tácticas. Porque la destrucción es la misma y la venganza, insaciable.

SADE

Pero no fui sino un soñador ingenuo de tiempos más libres y de verdad, humanos; el paladín involuntario de la verdadera independencia del hombre y sus virtudes reales: la crueldad de los instintos, el goce de los sentidos. Porque quise fundar en realidad, la República de Eros en sabia convivencia con Thanatos. Quise restaurar en la tierra la soberanía del deseo más allá de la triste sumisión y el acuerdo hipócrita de la conveniencia y la razón.

Al menos brillaron un poco esas páginas prohibidas; la tinta roja fulguró en la oscuridad de mi celda: los cuerpos ardieron en el frenesí de mi imaginación bajo el furor sagrado que dio origen al mundo. Yo celebré esa fiesta demente de la carne devoradora, las lágrimas, el sudor y la sangre como un festín y, sin embargo, aún no ha llegado su momento mayor. Espero, todavía, detrás de cada sombra, cada rostro, cada día, esa última celebración.

(2006)

LOCUS SOLUS

(Apartes)

2

Día a día sin preguntas demasiado oscuras.
Sólo mínimas ceremonias,
minucias repetidas,
rutinas.

Y el sol sobre el cuerpo como el oro más vivo,
como el único abrazo.

El aire que te queda.
Sestear bajo los árboles finales
del parque rancio y sucio.

Leer bajo la desmemoria,
sin mirar ese pozo de sombra
que se te abre a cada instante bajo los pies

—y el silencio.

Nada, nadie te retiene, sin embargo, bajo la sombra.
Es sólo la vieja costumbre o el temor
a la luz, al fogaje de los días abiertos, las horas
fáciles.

O la lucidez antes de tiempo que echó a perder
una fe, una manera, una sabiduría de la piel.

Habría que remontar esa corriente.
Regresar a la primera aldea del desencanto
y darse a esperar un poco más al dios
solar, la alegría de las arenas rubias.

Y ante su rostro vigoroso,
arrancarse los ojos,

abrir el cuerpo al agua,
al oasis que nunca
se esfumó.

Vendría a ser lo mismo.
En algún momento la luz se caería.
El silencio volvería y las palabras,
—también las palabras—,
las manos en el vacío, los pasos al borde
de un antiguo vértigo.

Vendría a ser lo mismo.
Entonces descubriríamos el agujero imperceptible
por donde se fuga el sueño
indetenible y de prisa.
El cielo demasiado azul, la bulliciosa primavera
como una muchacha empalagosa.
El tedio.

Vendría a ser lo mismo
y tal vez peor.

—Pero no importa.

14

Mas el hambre, la sed, el cansancio
nos atan, anudan la intimidad,
impiden toda fuga.
Despiertan en fuego rabioso las vísceras.

Feroces homicidas
recordamos la urgencia del próximo combate.

—Toda poesía acaba
a dentelladas

Y al fin qué sabes tú del viento, la escritura de la
nada
en la ciudad de rostros apretados a la salida del
metro
pétalos de una negra / húmeda rama.

Qué de los nuevos soles a la vuelta de la esquina,
el juego perverso de las cosas
en la desnuda oscuridad.
El sabor de la sangre y la pólvora, pero también
la fuerza paciente, la serena pulsión que aún sostiene
la tierra y alimenta los árboles.

Qué del ángel de polvo que atraviesa las calles,
qué del hombre sentado en su viejo vacío sin
palabras
conduciendo su náusea rumbo a ninguna parte.

Qué sabes tú del tiempo,
—el rastreo enemigo.

Qué de la muerte,
qué de tu muerte al otro lado
del silencio.

21

En las cimas de la desesperación
también el silencio,
la ebriedad del silencio.

En las cimas de la lucidez
también la alegría
de no ser nada.

En las cimas de la soledad
también la risa,
la máscara de la risa.

En las cimas del vacío
la rotundidad de un cuerpo,
el deseo.

En las cimas del deseo
también la rotundidad
de su vacío.

Voces del día, insidiosas, otra vez te reclaman.
Giras también y se diría el éxtasis,
la primera mañana, el vibrante fulgor
de esa palabra.

Déjate llevar como un niño,
te susurra el ángel,
la voz del árbol cercano.

Déjate ir, asciende también
dicen de arriba.

Pero tú resistes
aferrado al último hilo de incertitud,

—insalvable.

23

¿Pero de qué te sirve acumular sobre el vacío
más aire, agregar a la sombra más palabras?
¿Acaso no llegaste por esta parte al fondo
hace ya siglos?

Toda la realidad se balancea,
danza en las alturas
de la alucinación.

Bienvenida, perfecta irrealidad,
dilución de la certeza en humos angélicos, espejismo,
claridad mutante hacia la tiniebla absoluta.
Bienvenida inconsistencia del tacto, visión dudosa
que nos salvas del dogma,
de creer que creemos.

Bienvenida, refracción íntima de la luz
en el núcleo seroso del cáncer que aniquila
la fe, el confiado vigor del músculo
y el impulso sensual.

Bienvenida, fatiga sabia
que creces y te adensas
tranquila en las arterias.

Amiga que das tiempo
después de todo al tiempo.

Ya que permites ir a ninguna parte y al centro
de la nebulosa donde sólo hay silencio.

Ya que dejas reinar en el *sancta sanctorum* del cuerpo
el vago sol de la náusea, ya que dejas morir sin ruido
ese animal voraz que dentellea bajo la piel: el amor
y todas sus crías deletéreas, ya que asfixias la rabia,
ya que pudres antes que alcancen a brillar
las peligrosas, ambiciosas ensoñaciones del cerebro,
ya que humillas la sangre con la mano invisible
que también agacha los jardines, ya que subes
por los dedos afianzando la música que perderá
los sentidos, ya que doblegas la primera mirada
que busca afuera la salida del laberinto, ya que
nada pueden, nada podemos ante ti,
contra ti,

no dejes libre entonces
ninguna fisura
ninguna herida olvidada

—ningún pavor suelto.

Algún día la soledad será tan insípida como un
vino aguado.

Algo viejo, algo rancio arruinará el banquete
de los solitarios venidos de todos los rincones.
El cansancio habrá invadido los ojos, las bocas,
las manos de los comensales, un ligero vértigo
aflojará los gestos. Nadie, sin embargo,
osará levantarse, permitirse la grosería
de un eructo, una arcada, ni siquiera una tos
o un carraspeo desatinado en mitad del silencio.

Y la tensión acumulada que sin remedio
hinchará los cuerpos hasta lo insoportable
reventará en la felicidad demente por siglos
mantenida a raya.

Se beberá del vino azul de un tiempo disputado a
las lágrimas,
se hartará la vida de la vida misma...

Pero los poetas, ah, los poetas
volverán a abrir las puertas
a las fieras.

ANTE EL ÁNGEL TERRIBLE

Memoria de R. M. Rilke

Todo esto sabíamos.
Pero preciso fue mantener abiertos los ojos
al insoportable resplandor del día.

Reconocer-nos demasiado sucios
ante lo abierto. Brumosos, casi ciegos
en la frontera de la vida que olfatea
la plenitud, la nada sagrada.

Todo esto sabíamos y fue necesario
asir con fuerza el destello acerado
del verbo frente a tu rostro de fuego
si queríamos permanecer un poco
antes de volver a lo oscuro.

Todo esto sabemos antes de ofrecerte
—quizá despedazadas, no destruidas,
las pruebas finales
del sueño que fuimos.

PEDRO ARTURO ESTRADA Z.

Girardota (Antioquia) 1956. Poeta, narrador y ensayista. Ha publicado *Poemas en blanco y negro* (Editorial Universidad de Antioquia, 1994); *Fatum* (Colección Autores Antioqueños, 2000); *Oscura edad y otros poemas* (Universidad Nacional de Colombia, 2006). Próximos a editarse: *Poemas de Otra/parte* y *Des/historias*. Sus textos han sido incluidos en diferentes antologías nacionales y del exterior. Ganó el premio nacional “Ciro Mendía” en el año 2004, y “Sueños de Luciano Pulgar” en 2007. Invitado en 1995 y 2005 al Festival Internacional de Poesía de Medellín y diversos encuentros poéticos del país. Se ha desempeñado como coordinador de talleres literarios con jóvenes y niños de Medellín en los últimos años. Fue miembro de la Casa de poesía Porfirio Barba Jacob de Envigado hasta 2005 y ha sido jurado de premios como el José Manuel Arango, Porfirio Barba Jacob, Giro Mendía y Universidad de Antioquia. La presente edición, *Suma del tiempo*, es una selección de textos de sus libros entre 1978 y 2008.

CONTENIDO

I POEMAS EN BLANCO Y NEGRO

Pasajero de las sombras [8], Del tigre y tu memoria [9],
Los otros nosotros [10], Morada real [11],
Saber perder [12], Lucha con el ángel [13],
Antonin Artaud [14], Bach [15], Mozart [16],
Las brujas dejaban contemplar sus encantos [17]

II FATUM

Belleza del abismo [20], Treno por los muchachos
muertos [21], Café Turkeistán, 3 p. m. [23],
Fatum [24], Historia oculta [25], Otra casa [26],
Domingo [27], El rostro oscuro del amor [28],
Horror Vacui [29], Milenio [30]

III OSCURA EDAD

Memoria de una ciudad [32], De la muchacha
asesinada [36], Casi una epifanía [37],
En voz baja [38], Lunes a media sangre [39],
Oscura edad [41], Se llama poesía [43]

IV POEMAS DE OTRA/PARTE

Informe [46], Fútbol [47], Las muchachas nacen
silvestres [48], Otraparte [50], La rosa [51],
San Roque, 1967 [53], A veces eras sólo ese hombre
demasiado corriente [54], Caín [56], Nerón [57],
Atila [58], Sade [59], Locus solus [60],
Ante el ángel terrible [72]

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe. Poemas escogidos 1995-2005*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío. Antología poética 1947-2007*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas (1978-2008)*, Pedro A. Estrada



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en octubre de 2009

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
9.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem